



# Ut unum sint!

N. 02/2022

## NUESTRO CARISMA Misioneros Siervos de Los Pobres

Queridos amigos: *Laudetur Iesus Christus.*

En el número anterior recordábamos que el “Siervo” acepta con alegría la pobreza y la obediencia. En esta ocasión ahondaremos en la importancia de la castidad en la vida de un “Misionero Siervo de los Pobres” (MSP).

Hoy en día, se minusvalora la castidad e incluso se pone en duda su importancia, aun en la vida religiosa. No obstante, la castidad es bella y radiante. En palabras de Don Bosco, es “la virtud sumamente necesaria, la virtud grande, la virtud angélica, a la cual forman corona todas las demás” (Constituciones salesianas, 655)

Para nosotros, Misioneros Siervos de los Pobres (MSP), la virtud de la castidad, cuando es vivida no como renuncia, sino como libre opción de quien escoge “la mejor parte” (Lc 10, 42), representa un carril seguro que nos lleva directamente a la santidad. Es evidente que este carril muchas veces se topa con la cruz, pero este es un encuentro purificador, porque la castidad, cuando es vivida por Cristo, nos llena de amor (cfr. Padre Giovanni Salerno, msp).

Como ustedes saben, nuestro carisma nos propone servir a los más indefensos y, entre ellos, a los niños. Don Bosco nos recordaba que “quien se dedica a la juventud abandonada debe tener gran empeño en adornarse de todas las virtudes. Pero la virtud que con mayor esmero se ha de cultivar, la que siempre se ha de tener ante los ojos, la virtud angélica, la más agradable al Hijo de Dios, es la virtud de la castidad”.

Dios ama a sus pobres, se identifica con ellos y, por tanto, es exigente con sus misioneros, reclama de ellos amor y donación, con la finalidad de brindar una atención delicada y dedicada hacia

sus hijos predilectos. No podemos darnos a otros, si antes no nos poseemos, lo cual sólo se logra viviendo alegremente nuestra castidad. En efecto, cuando vivimos plenamente la castidad ponemos a disposición de los pobres, en nombre de Cristo, toda nuestra capacidad de amar.

El Movimiento de los MSP quiere ver a Cristo en el pobre y, al modo de Cristo, desea hacerse “pan partido” para sus hermanos que sufren. Sin embargo, ¿cómo ser “pan partido”? ¿Cómo podemos darnos por entero a los pobres, si nuestro corazón está dividido entre múltiples preocupaciones y deseos mundanos? Es ahí donde viene en nuestra ayuda la virtud de la castidad. En efecto, *la castidad integra nuestro ser, unifica nuestra alma y ordena nuestras prioridades; en otras palabras, la castidad posibilita aquel corazón “indiviso” tan necesario para todo fiel, pero de manera especial para todo consagrado.* Si permitimos que tal virtud informe nuestra vida, no nos quepa la menor duda de que Dios ocupará el primer lugar y posibilitará que hagamos una entrega generosa de nosotros mismos a los más pobres.

Con todo, aunque muchos lo saben, es bueno recordar que «todo bautizado está llamado a la castidad [...] Todos los fieles de Cristo son llamados a una vida casta según su estado de vida particular. [...] Las personas casadas son llamadas a vivir la castidad conyugal; las otras practican la castidad en la continencia» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n° 2348-2349). Por eso, tal llamado no se limita a los consagrados, sino que se extiende a todo el pueblo santo de Dios. De ahí, que queramos extender esta invitación a todos nuestros lectores, ya que, en verdad, debemos estar sedientos de santidad. Recordémoslo bien: *“sin castidad no hay santidad”*... Nadie puede ver el rostro de Dios si no permite que Él purifique su corazón: “Bienaventurados los puros de corazón, porque ellos verán a Dios” (Mt 5, 8).

Pero, no pensemos que la castidad se limita a ordenar nuestra sexualidad, porque va mucho más allá. La verdadera castidad, por medio de la gracia de Dios, purifica nuestro corazón desde la raíz, es decir, desde nuestras más profundas intenciones. La *“Imitación de Cristo”* (libro que recomendamos tener siempre en la mesita de noche) nos dice que «el espíritu **puro, sencillo y estable** no se distrae por los muchos quehaceres, porque todo lo hace para gloria de Dios, y se esfuerza por estar libre de todo deseo de alcanzar algo para sí mismo» (IC I, 3, 1-2).

Y, en otro lugar, nos recuerda que: «Dos son las alas con las que el hombre se eleva por encima de las cosas terrenas: **la simplicidad y la pureza**. La simplicidad debe estar en la intención; la pureza, en el afecto. La simplicidad tiende hacia Dios; la pureza le alcanza y gusta de Él. No te sería difícil de realizar

ninguna obra si estuvieras interiormente libre de todo afecto desordenado» (IC II, 4, 1).

En resumen, la castidad debe ser buscada y practicada no sólo para ordenar nuestros afectos, sino también para ser verdaderamente *libres*. Para que, a pesar de las múltiples ocupaciones que tengamos cada día, no permitamos que estas nos arrastren hacia un sin-sentido, sino que nos valgamos de ellas para ver a Dios en todo. Este es, en definitiva, el espíritu puro, el que se esfuerza por ver a Dios en todos y en todas las cosas.

¡Que Santa María Madre de los Pobres nos conceda un espíritu puro que nos haga capaces de vivir en Dios y para Dios y, con ello, entregarnos gozosa y generosamente a Dios, a su Iglesia y a sus pobres!



# Reflexión Bíblica

## “Sabed que el reino de Dios ha llegado...”



P. Sebastián Dumont, msp (belga)

Queridos amigos:

La misión, es decir la evangelización, es la tarea primordial de la Iglesia y, para ella, es necesario que los misioneros tengamos los criterios de Jesús, no los del mundo. El texto de “la misión de los setenta y dos” nos ayudará a ir asumiéndolos en nuestra vida.

**Escucha:** *“Después de esto, designó el Señor otros setenta y dos, y los mandó delante de él, de dos en dos, a todos los pueblos y lugares adonde pensaba ir él. Y les decía: «La mies es abundante y los obreros pocos; rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies. ¡Poneos en camino! Mirad que os envío como corderos en medio de lobos. No llevéis bolsa, ni alforja, ni sandalias; y no saludéis a nadie por el camino. Cuando entréis en una casa, decid primero: -Paz a esta casa-. Y si allí hay gente de paz, descansará sobre ellos vuestra paz; si no, volverá a vosotros. Quedaos en la misma casa, comiendo y bebiendo de lo que tengan: porque el obrero merece su salario. No andéis cambiando de casa en casa. Si entráis en una ciudad y os reciben, comed lo que os pongan, curad a los enfermos que haya en ella, y decidles: -El reino de Dios ha llegado a vosotros-. Pero si entráis en una ciudad y no os reciben, saliendo a sus plazas decid: -Hasta el polvo de vuestra ciudad, que se nos ha pegado a los pies, nos lo sacudimos sobre vosotros. De todos modos, sabed que el reino de Dios ha llegado-. Os digo que aquel día será más llevadero para Sodoma que para esta ciudad»” (Lc 10, 1-12).*

**Medita:** El número “setenta y dos” parece aludir a los descendientes de Noé, que formaban las naciones antes de la dispersión de Babel (Gn 10). Podría confirmar esta interpretación el hecho de que las naciones enumeradas en Gn 10 son 72 (en la versión griega de los LXX), mientras que son 70 en el texto hebreo; de la misma manera, algunos manuscritos de nuestro texto dicen 70 en lugar de 72. En todo caso, parece que esta cifra señala la universalidad de la misión de la Iglesia: no fueron enviados solo los Doce, si bien ellos tienen una autoridad y responsabilidad particulares, sino todo el pueblo de Dios. Así, no solo los sacerdotes son los encargados de evangelizar, sino todos los bautizados, todos los fieles llamados “laicos”, y son enviados a todo el mundo. De hecho, las instrucciones que Jesús da ahora a los 72 son muy semejantes a las que había dado antes a los Doce (Lc 9,1-6).

Los mandó *“a todos los pueblos y lugares adonde pensaba ir él”*. El Señor ya sabe adónde quiere ir y,

cuando envía a un misionero, significa que Él mismo quiere llegar a esta persona o a este pueblo adónde va el misionero. Realmente el misionero es como San Juan Bautista, que *“prepara el camino para el Señor”* (Lc 3,3-6).

Dios sabe mejor que nadie la urgencia de la misión... Por eso las dos indicaciones de “no saludar a nadie por el camino” y de “no ir de casa en casa” animan a los discípulos a ser diligentes y enteramente dedicados a la misión que se les ha confiado, sin perder tiempo en muchos saludos... que en oriente se suelen prolongar bastante. “Permanecer en la misma casa” hace al apostolado más intenso, pues es con las familias y con las comunidades que se van fundando las iglesias.

No deben llevar muchas cosas... para andar ligeros... y también para vivir un total abandono en la Providencia divina. Eso sí: han que llevar la paz: “Paz a esta casa” es el saludo tradicional judío. Como lo explicamos al comentar a Mt 10,11-15, la misión de Jesús, así como la de la Iglesia, consiste no solo en anunciar, sino también en restablecer la paz de los hombres con Dios y de los hombres entre sí, destruyendo el pecado.

Para concluir, es precisamente el pecado el que opone resistencia al mensaje de salvación, pues ciega la mente y debilita la voluntad. Por eso -dice Jesús- muchos “no os reciben”... Al hombre dominado por su pecado hay que ayudarlo a despertar, dándole un signo que él pueda comprender: éste es el sentido del “sacudir el polvo de los pies”, buscando evitar para esta persona un juicio de condena.

**Ora:** *“Rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies”*: Jesús recuerda aquí que el Padre es el verdadero dueño de la mies y por eso nos pide que empecemos por invocarle con humildad, pidiéndole ayuda. Le hemos de pedir “que envíe obreros a su mies”: no solo “que envíe a otros”, como muchas veces pensamos, sino también que nos haga a nosotros “obrerros” para su mies. ¡Que Él, que “hace todo en todos” (1Cor 12,6) y es el protagonista de la misión, nos capacite para obrar, nos haga auténticos “obrerros” de su Reino! Él quiere sobre todo que seamos dóciles a su gracia y que no pongamos resistencia a su obrar, como el profeta Jeremías: “No digas que eres un niño, pues irás adónde yo te envíe y dirás lo que yo te ordene” (Jr 1,7). La oración buena... es la que “nos pone en camino”.

Padre Nuestro... venga a nosotros tu Reino...

**Vive:** Sé un instrumento de paz, un instrumento de salvación para tus hermanos.



# Reflexión Patrística

## Orígenes (ca.185-253)

### (III)

P. Walter Corsini, msp (italiano)

Estimados amigos:

*Laudetur iesus Christus.*

Con este tercer artículo continúo la breve presentación de la figura patrística especial de Orígenes.

Lo hago con una breve presentación de sus principales obras, dejando para el próximo artículo una exposición esquemática de su doctrina.

Para ahondar en las obras de Orígenes no podemos olvidar que las controversias de las que fue objeto, y que provocaron las condenas póstumas, llevaron a la desaparición de la mayor parte de su obra literaria.

Sin tales intervenciones radicales, Orígenes sería probablemente el escritor más prolífico de la época patrística. Lo que nos ha llegado de sus obras está en su mayor parte en latín, por lo tanto, no en el original idioma griego.

Entre sus principales obras merece el primer lugar el **“De principiis”**. Se trata del primer ensayo cristiano orgánico de reflexión teológica; podríamos decir que se trata del primer libro de presentación general de la teología, en el que se exponen algunos puntos dogmáticos fundamentales: Dios, el mundo, la libertad y la Revelación.

Partiendo de la *“regula fidei”*, es decir de ese núcleo fundamental de verdad que la Iglesia ya había reconocido como tal dentro de la revelación confiada por Jesús a los Apóstoles, Orígenes distingue las verdades claramente definidas de las recién mencionadas y susceptibles de desarrollo, distinción que acompañará toda la historia del dogma católico.

Nuestro autor retoma los dos desafíos en los que el cristianismo se encontraba luchando: el desafío filosófico, lanzado por la cultura pagana de la época, que catalogaba a los cristianos como ignorantes y supersticiosos porque eran incapaces de sostener sus afirmaciones con armas racionales; y el desafío teológico, provocado por peligrosas herejías, con la gnóstica en primera fila.

A los paganos presenta la auténtica filosofía cristiana, con sus cualidades indiscutibles; y -con su formación platónica, estoica y neoplatónica- puede argumentar las verdades de la fe con categorías filosóficas; heredero de la gran tradición filosófica alejandrina, introduce la filosofía en el ámbito del cristianismo.

A los herejes les está marcando los límites teológicos para no caer en una confusión de términos; sobre todo, se esfuerza en definir los límites de la ortodoxia, invitando a todos a ser dóciles para preservar la comunión con la Iglesia, recordando que *“...debe saberse que los santos*

*Apóstoles, predicando la fe de Cristo, manifestaron a todos los creyentes, incluso a aquellos que parecían menos solícitos en la búsqueda de la ciencia divina, ciertos puntos considerados necesarios, reservando la tarea de dar cuenta de estas afirmaciones a aquellos que habían merecido los dones superiores del Espíritu y en particular habían recibido del mismo Espíritu Santo la gracia del habla, de la sabiduría y de la ciencia”* (Pref. 3).

Otra obra vinculada a Orígenes es la **“Contra Celso”**, en la que se encarga de responder pertinentemente a un tal Celso, un filósofo de la corriente platónica, que dirigía contra los cristianos no simples acusaciones superficiales, bastante comunes entre la gente sencilla del pueblo, sino un auténtico y metódico ensayo. Nada nos ha llegado de los escritos de Celso: sólo tenemos las respuestas que Orígenes presenta después de exponer la doctrina del adversario. El objetivo de Orígenes es demostrar cómo el cristianismo es el mejor camino, incluso para aquellos que quieren basarse solo en la razón. Este trabajo es una fuente importante para la historia de la religión, porque refleja la lucha entre el paganismo y el cristianismo a niveles intelectualmente elevados.

Nunca debe olvidarse que Orígenes era de hecho un alma apasionada en la búsqueda de Dios, movida por un vivo deseo de un estilo de vida radical que pudiera permitir la unión espiritual con Él. No es de extrañar entonces que otra de las joyas que salió de su pluma sea una larga reflexión **“Sobre la oración”**. Este es el estudio científico más antiguo de la oración cristiana. A lo largo del tratado, Orígenes insiste en que los efectos de la oración dependen de la preparación interior. No puede haber oración auténtica sin la lucha contra el pecado, combinada con el esfuerzo incesante para liberar al espíritu de los afectos desordenados.

Orígenes afirma que sólo aquellos que se han reconciliado con los demás pueden conversar con Dios; y finalmente argumenta que es necesario deshacerse de todos los pensamientos capaces de perturbarnos, sea que provengan del mundo exterior, sea que provengan de nosotros mismos.

Deberíamos enumerar también las innumerables obras exegéticas resultado de su genial talento bíblico y de su tenaz dedicación. A ellas ya hemos hecho una extensa referencia en el artículo anterior y por ello, invitándolos calurosamente a leerlas, les damos cita en el próximo y último artículo sobre Orígenes, donde trataremos de presentar las líneas fundamentales de su pensamiento teológico.

# Reflexión Cristológica

## Introducción

P. Walter Corsini, msp (italiano)

Queridos amigos:

*Laudetur Iesus Christus.*

Con este número de la "Ut Unum Sint", enriquecemos nuestras reflexiones con una nueva página dedicada a la Cristología. Ya en los primeros números de esta revista hemos hecho un recorrido cristológico, tema central de la Teología, y ahora volvemos a tratarlo.

Haremos un clásico recorrido dividido en dos partes: la primera, "positiva"; y la segunda, "especulativa". La primera parte, como revela el término de naturaleza científica, nos ayudará a entender los elementos cristológicos que la Palabra de Dios, la Tradición y el Magisterio nos ofrecen; la segunda parte nos invitará a una profunda reflexión, partiendo de los datos anteriormente adquiridos.

El punto de partida que nos sirve para tener un basamento sólido sobre el cual movernos nos lo ofrece la "Declaración 'Dominus Iesus' sobre la unicidad y la universalidad salvífica de Jesucristo y de la Iglesia", que ha sido preparada por la Congregación para la Doctrina de la Fe (de la que era Prefecto el Card. Joseph Ratzinger) y que el Sumo Pontífice, en aquel entonces San Juan Pablo II, ha ratificado y confirmado con ciencia cierta y con su autoridad apostólica, ordenando su publicación el 6 de agosto del año 2000.

Al comienzo de este brevísimo curso de Cristología, no podemos hacer otra cosa sino abrazar en pleno el objetivo del documento, que era (y es) llamar a la atención de todos, de cara a algunos contenidos doctrinales imprescindibles frente a los desafíos contemporáneos.

La deriva relativista de algunas teologías ha registrado la elaboración de algunas propuestas teológicas en las cuales Cristo y la Iglesia "pierden su carácter de verdad absoluta y de universalidad salvífica" (Dominus Iesus, n° 4).

Fruto de ello son unas creativas interpretaciones no conformes con la doctrina católica respecto al valor de las muchas experiencias religiosas presentes en distintos lugares del mundo, tanto de forma personal como de forma comunitaria. En pocas palabras, se llega a decir que Jesús ha sido un hombre bueno, seguramente un enviado de Dios, pero nada más que uno de los muchos "intermediarios" entre Dios y los hombres.

En efecto, muchos afirman que "toda religión vale" y que por eso lo importante es vivir intensamente, cada uno por su cuenta y a su manera, su propia experiencia religiosa, esfuerzo que Dios de alguna forma premiará.

Se defienden tales posturas diciendo que lo importante es tener una "conexión" con un Ser Supremo, indefinido, llamado Dios.

Se llega también, en estos ambientes, a afirmar -con cierta actitud de magnanimidad- que, entre todas las religiones, el cristianismo es una de las mejores formas religiosas, si no "incluso la mejor", pero con la aclaración de que esta primacía no es ni vinculante ni absoluta.

Resulta bastante claro entonces que de estas premisas derivan nefastas consecuencias: por ejemplo, no solo el dinamismo misionero, sino también el significado mismo de la misión pierde su sentido.

Siguiendo tales razonamientos se podría llegar (y se llega desafortunadamente) a afirmar que la misión es un obstáculo al anuncio de la Buena Nueva, en cuanto obstaculizaría el trabajo silencioso que Dios hace en el corazón de cada hombre para que vaya descubriendo la verdad.

El siglo pasado ha sido teológicamente caracterizado, por ejemplo, por la introducción de conceptos como el de los "cristianos anónimos", tesis centrada en la afirmación de que la abertura natural del hombre a Dios sería, de por sí, un punto de contacto real y salvífico de cada hombre con la gracia y la manifestación de la voluntad salvífica universal de Dios.

Todas estas afirmaciones, que necesitan matizaciones si se las quiere utilizar como punto de partida de una reflexión teológica, pueden ser peligrosas (y en realidad lo han sido y queremos insistir en decirlo) cuando imprudente o ideológicamente han sido llevadas fuera de los límites de la ortodoxia, llegando a afirmar, por ejemplo, que la actividad misionera de la Iglesia finalizada a la evangelización pierde su sentido y su razón de ser frente a la certeza de que cada religión puede ser un camino de salvación y cada hombre está antropológicamente abierto a la esfera divina.

El Concilio Ecueménico Vaticano II y todo el Magisterio posterior han indicado claramente los graves límites y percances de tales posturas que, sin embargo, han condicionado no poco el empuje misionero de los últimos años, ralentizado también por un complejo de autoacusación de parte de agentes pastorales, preocupados a veces en "disculparse" por haber querido evangelizar a pueblos que todavía no habían conocido la Buena Nueva de Jesucristo, considerando que esta evangelización, según el razonamiento arriba propuesto, sería contraproducente, debido a que cada pueblo y cada tradición religiosa se puede salvar con tal que viva fiel y profundamente su credo.

Entonces, casi como por encanto, la palabra "misión", surgida en ámbito eclesial para indicar la evangelización "ad gentes", se ha reducido al conjunto de actividades filantrópicas desarrolladas en regiones pobres. No por nada el Papa Francisco no se cansa de repetir que la Iglesia no es una ONG.

Logramos entonces entender la importancia del documento "Dominus Iesus", cuyo contenido presentaremos en el próximo número de esta revista y que nos servirá como punto de partida para nuestro curso de Cristología y nos ayudará a entender la necesidad, hoy, de la misión "ad gentes", impulsada y movida por el ardiente deseo -muchas veces expresado por San Juan Pablo II- de una nueva "primavera" de la evangelización.



# Reflexión Espiritual

## Santa María, Madre de los Pobres, modelo de vida espiritual

P. Alois Höllwert, msp (austriaco)

Seguimos meditando en Santa María como modelo para nuestra vida espiritual. Estamos viendo como en Santa María podemos encontrar siempre un faro luminoso que nos guía en nuestro camino hacia el Señor. En realidad, Cristo es el único modelo que hay que imitar. Pero en Santa María vemos reflejadas las exactas actitudes que nos hacen verdaderos seguidores de Jesús. Son las actitudes principales que nunca deben faltar, si queremos hablar de auténtica vida espiritual: la adoración, la escucha como acogida creyente de la Palabra de Dios y la gratitud gozosa por el don de Dios.

En el anterior número de *“Ut unum sint”* vimos cómo Santa María respondió al anuncio del arcángel Gabriel, abriendo la puerta para que Dios pudiera entrar en la humanidad participando de su historia no solo como Dios sino también como Hombre. El pasaje evangélico de la Anunciación, según San Lucas, nos hace contemplar el encuentro de Dios con su criatura. Es la humildad de Dios que se abaja, pidiendo como un mendigo el sí de Santa María para poder encarnarse; y la humildad de María, que se manifiesta en su docilidad al mensaje divino, expresada en su respuesta: *“Hágase en mi según tu palabra”*.

Santa María merece plenamente ser invocada con el título de Madre de los Pobres, como acostumbramos a hacerlo en nuestras comunidades de Misioneros Siervos de los Pobres (MSP) porque, al aceptar una misión que la supera infinitamente, la de ser la Madre de Dios, no puede encontrar apoyo en ninguna parte sino solo en su fe en Dios y en la fidelidad que Él ha demostrado a lo largo de toda la historia del pueblo de Israel, siendo Yahveh el único Dios verdadero que salva a los pobres. Ante la misión que Dios le confía, Santa María solo puede sentirse la más pobre de todas las criaturas. Al mismo tiempo, este sentimiento le hace confiar todavía más en la gracia de Dios, que es el don que Él hace de sí mismo a ella, eligiéndola para ser su Madre.

Inmediatamente después del pasaje de la Anunciación encontramos el de la Visitación (Lc 1, 39-56). En él vemos como Santa María vive el tiempo del embarazo, que es el tiempo de su expectación. No se encierra en su casita -como pudiéramos imaginar, guardando celosamente “su secreto”- sino que está de salida, se pone en camino, yendo “deprisa” al encuentro de una persona más necesitada de apoyo que ella misma: su anciana prima Santa Isabel. Esta prontitud es la marca más auténtica de un alto grado de caridad, que en Santa María ha llegado a su cumbre: no puede hacer esperar a su prima en este momento apremiante.

Tenemos aquí un modelo de la fe plena como respuesta a Dios que nos llama a una misión particular. La fe verdadera debe convertirse en esperanza y sobre todo en caridad. Por eso, Santa María no puede hacer otra cosa que ir al encuentro de su prima Isabel, para compartir con ella su inmensa alegría y ayudarle con su humilde servicio en los últimos meses antes del nacimiento de

Juan Bautista, meses que para la anciana Isabel, que no había tenido hijos, debían ser difíciles.

En el pasaje de la Visitación podemos ver que la vida espiritual significa aceptar ser criatura de Dios, “hechura de sus manos”, y eso comporta hacer fructificar sus dones enseguida y no “enterrarlos” como hizo el último criado de la parábola evangélica de los talentos (Mt 25, 14-30). Santa María es la que más aceptó ser criatura, porque hizo fructificar el don de Dios el 100 por 1, convirtiéndose en mensajera de esperanza y en servidora humilde de la anciana Isabel por medio de su exquisita caridad, la cual hizo que su pensamiento se concentrara en su prima Isabel en vez de considerar con angustia sus propios problemas (¿qué decirle a José? ¿qué dirá la gente? ...).

Así Santa María se convierte en instrumento de comunicación de la gracia para los demás (solamente Dios da la gracia, pero se sirve de sus criaturas para comunicarla). De esta manera podemos comprender que vivir plenamente la vida espiritual sobrenatural (recibida en el santo bautismo) significa aceptar ser una criatura hija de Dios y al servicio de la acción de Dios (como un instrumento dócil en sus manos).

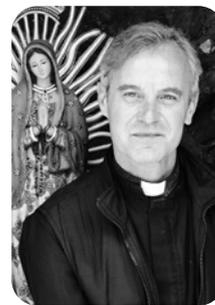
Por eso Santa María recibe de labios de Isabel esta bienaventuranza: *“Bienaventurada la que ha creído, porque lo que le ha dicho el Señor se cumplirá”* (Lc 1, 45). San Juan Pablo II nos dice que esta bienaventuranza puede extenderse sobre toda su vida, de la que es el secreto: “La plenitud de gracia, anunciada por el ángel, significa el don de Dios mismo; la fe de María, proclamada por Isabel en la Visitación, indica cómo la Virgen de Nazaret ha respondido a este don” (*Encíclica ‘Redemptoris Mater’,* n° 12).

Y María proclama el Magnificat, el cántico que reconoce con agudeza la acción de Dios en el mundo, brotando del corazón de Aquella que más se ha abierto a su gracia. Este cántico profético está en tiempo presente, ya no como algo futuro, porque el misterio de la Encarnación del Hijo de Dios en María ha conseguido realizar en sobreabundancia todas las promesas de los profetas.

Santa María, Madre de los Pobres, enséñanos a vivir con fidelidad nuestra vida espiritual sobrenatural que brota de la gracia bautismal y que se realiza en la fidelidad a la misión que Dios nos ha encomendado en el mundo.

# Reflexión Vocacional

## ELOGIO DEL SILENCIO (VIII): El silencio ante Dios.-3



P. Álvaro de María, msp (español)

Tomamos como punto de partida la frase-resumen de nuestro artículo anterior: “**ORAR LA VIDA**”. Es importante poner todas nuestras fuerzas (aunque no es principalmente cuestión de fuerzas, sino de atención, de constancia y sobre todo de mucho amor) en adquirir este hábito o más bien esta dimensión en nuestro vivir cotidiano.

Cada virtud y actitud nuestra debería madurar en el **silencio**. Sería imposible ser exhaustivos en la lista de situaciones en las que podemos y debemos aplicar esto, pero vamos a poner al menos algunos significativos ejemplos.

Uno lo podríamos llamar el **silencio del discernimiento**: la carta de San Pablo a los Romanos nos llega a decir que “*todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios*” (Rom 8, 14). Es el Señor quien debe tener en sus manos constantemente el timón de nuestras vidas. Nuestro cuidado debemos ponerlo en no tratar de arrebatárselo, y para eso es necesaria mucha atención y reflexivo silencio.

En modo consecuente, esa actitud de buscar -siempre y en todo- exclusivamente la voluntad divina hará que ese **silencio de discernimiento** vaya complementándose con otros tipos de silencio: **silencio de aprendizaje, de obediencia, de humildad, de confianza y de abandono**, para no caer en el peligroso orgullo de buscar nuestra “santa” voluntad y de creer que nos lo sabemos todo.

Podemos luego referir como ejemplos el **silencio de fe, asentimiento y rendición**, sobre todo (aunque no solo) en la prueba y la cruz. Saber sufrir en silencio es una de las cosas que más contribuyen a mantener la paz y la armonía en una familia, en una pareja o en una comunidad religiosa. Decía un antiguo padre del desierto: «por cuanto grandes sean tus penas, tu victoria sobre ellas está en el silencio».<sup>1</sup>

En otro ámbito tenemos el **silencio de admiración y de alabanza**: ¡cuántas veces podemos haber experimentado en nuestra vida esa sensación de “quedarnos sin palabras”, en muchas ocasiones de todo tipo, pero particularmente experimentando el estupor de algo admirable como un hermoso paisaje, un precioso atardecer, un maravilloso espectáculo, una obra de arte<sup>2</sup>, un bebé durmiendo (¡qué increíble e inexplicable sensación de paz nos inunda una criatura tan pequeña y sencilla!). Podríamos definirlo como el **silencio de admiración** ante la grandeza de Dios, que se manifiesta admirablemente en la belleza del macrocosmos y del microcosmos y que se hace **silencio de alabanza**.

Consecuencia de estos silencios (aunque no solo) es el **silencio de gratitud**. No debemos nunca “acostumbrarnos” (en el sentido de habituarnos, cayendo en la rutina y por lo tanto en el desagrado) a los regalos de Dios. “La ingratitud, la queja, la envidia, la reivindicación nos cierran el corazón y nos privan de los dones de Dios”.<sup>3</sup>

Finalmente, como una particular consecuencia de estos silencios, tenemos el fundamental **silencio de adoración**.

El silencio es la manifestación más expresiva de nuestra adoración a Dios con la que debemos empapar cada rincón de nuestra existencia: pues, como criaturas suyas, como hijos suyos, el fin y sentido de nuestra vida es darle gloria, con una adoración en la que debemos ejercitarnos cada vez más y más perfectamente en esta vida, que tendrá su continuidad en la eternidad en compañía de todos los ángeles y los santos.

Comencé esta página recordando la pauta-resumen de un libro sobre la oración al que hice referencia en mi artículo anterior (“ORAR LA VIDA”). Allí mismo, al profundizar en esta esencial actitud y propósito, culminaba en otra formulación que me encantó: “**EUCARISTIZAR LA VIDA**”. Gustar esta frase o idea es un caramelo que me está ocupando ya años en saborear y que se me sigue imponiendo dulcemente como un emprendedor reto.

Esto, siempre con la marca del común denominador del silencio, implicaría hacer de nuestra vida un continuo ofrecimiento a Dios (como Cristo en la Eucaristía), una continua entrega al servicio de los demás, con todas las características anteriormente enumeradas: obediencia, humildad, confianza, abandono, rendición, fe, asentimiento... Sugiero a cada uno el empeño de marcar este mismo objetivo para su propia vida.

En la capilla de nuestra comunidad de contemplativos Misioneros Siervos de los Pobres se venera la imagen de “Nuestra Señora del Silencio”. Que ella nos enseñe (como eficaz Maestra que es) este delicado y precioso arte. Se lo pedimos con toda confianza.



<sup>1</sup> P. RANIERO CANTALAMESSA, Echad las redes (reflexiones sobre los Evangelios)-Ciclo A [comentario al domingo XIII T.O.]; Ed. Edicep, 2ª edición, 2010, pág. 250.

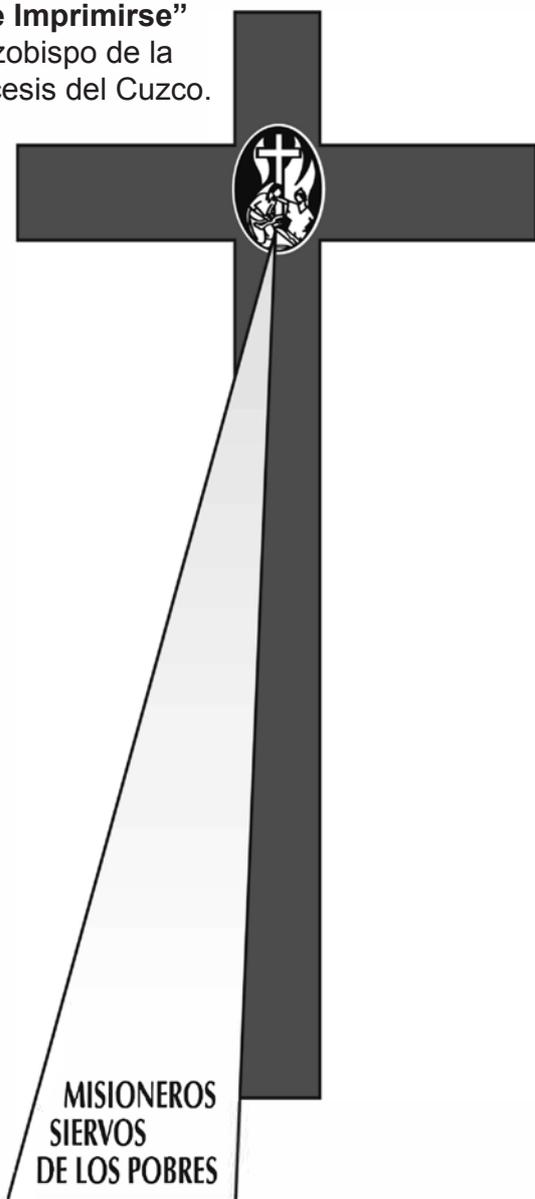
<sup>2</sup> “Hay expresiones artísticas que son auténticos caminos hacia Dios, a Belleza suprema; más aún, son una ayuda para crecer en la relación con él, en la oración”. BENEDICTO XVI. Audiencia general, 31 de agosto de 2011.

<sup>3</sup> JACQUES PHILIPPE, Si conocieras el don de Dios. Aprender a recibir; Ed. Patmos-Rialp, 2016, p. 31.

# Opus Christi Salvatoris Mundi

## Misioneros Siervos de los Pobres

Con autorización  
Eclesiástica  
"Puede Imprimirse"  
del Arzobispo de la  
Arquidiócesis del Cuzco.



### OPUS CHRISTI SALVATORIS MUNDI

Es decir, diferentes realidades misioneras (Sacerdotes y hermanos consagrados, religiosas, matrimonios misioneros, Sacerdotes y hermanos especialmente dedicados a la vida de oración y a la contemplación, socios, oblatos, colaboradores, Grupos de apoyo) quienes comparten el mismo carisma y se remontan al mismo fundador.

### MISIONEROS SIERVOS DE LOS POBRES

Formado por aquellos miembros del Opus Christi, llamados a seguir un camino de consagración más profunda con las características de la vida comunitaria y la profesión de los consejos evangélicos según su condición. (Se tiende a ser reconocidos canónicamente como dos Institutos Religiosos: Uno para la Rama Masculina de los Padres y Hermanos y otro para la Rama femenina de las Hermanas)

### LAICOS ASOCIADOS

Con las dos ramas principales (masculina y femenina) del "Opus Christi", está especialmente relacionada la Fraternidad de los Matrimonios Misioneros Siervos de los Pobres, formada por parejas de cónyuges que se comprometen a través de otros vínculos (conformemente a su estado a vivir el carisma y apostolado de los MSP)

### GRUPOS DE APOYO DEL MOVIMIENTO

Encaminados a la profundización y difusión de nuestro carisma, trabajando para la conversión de todos y cada uno de los miembros gracias a la organización de encuentros periódicos. A los miembros se les considera SOCIOS.

### OBLATOS

Laicos o religiosos que quieren hacer un compromiso de oración y de divulgación de los MSP, con un ritual de compromiso.

### LOS OFERENTES

Personas que colaboran con el ofrecimiento de sus oraciones y sus sufrimientos por los MSP, pero sin compromiso vinculante con los MSP.

Los interesados escribir:

#### ESPAÑA:

#### CASA DE FORMACIÓN "SANTA MARÍA"

Carretera a Mazarambroz, s/n  
45110 Ajofrín - TOLEDO (ESPAÑA)

Tel.: (00-34) 925 39 00 66

e.mail: casaformacionajofrin@gmail.com

#### PERÚ

#### Misioneros Siervos de los Pobres

P.O.BOX 907

Cuzco (PERU)

Tels. 0051 956 949 389 - 0051 984 032 491

e.mail: msptm.cuzco@gmail.com



[www.msptm.com](http://www.msptm.com)



Misioneros Siervos de los Pobres / Missionary Servants of the Poor



[misionerossiervosdelospobres](https://www.instagram.com/misionerossiervosdelospobres)



[@MisionerosSiervosdelosPobres](https://twitter.com/MisionerosSiervosdelosPobres)



[Misioneros Siervos de los Pobres](https://www.youtube.com/channel/UC...)



Ahora puedes recibir este Boletín en formato PDF.

Puedes solicitarlo enviando un e-mail a [missionaricuzco@gmail.com](mailto:missionaricuzco@gmail.com)